

A close-up, profile view of an elderly man with light-colored hair and a serious expression, looking towards the left. He is wearing a dark blue collared shirt. The background is dark and out of focus.

**Réquiem
por el Amo
de la
Carretera**

Cormac McCarthy

(1933-2023), el solitario escritor de los Apalaches del suroeste de EE.UU., cuyas primeras novelas desgarradamente ornamentadas sobre inadaptados y seres grotescos dieron paso a la exuberante condición taciturna de *Todos los hermosos caballos* y al minimalismo apocalíptico de *La carretera*, murió a los 89 años en su casa de Santa Fe.

Saul Bellow destacó alguna ocasión el “uso absolutamente abrumador del lenguaje de McCarthy, sus frases vivificantes y mortíferas”

Sin embargo, los elogios a la obra de McCarthy no fueron universales. Algunos críticos consideraron que sus novelas eran portentosas y conscientemente masculinas. Hay pocas mujeres notables en su obra.

En un artículo publicado en *The New Yorker* en 2005, James Wood elogiaba a McCarthy como “un escritor de talento colosal” y “uno de los grandes jamones de la prosa estadounidense, que se deleita produciendo una retórica histriónica que ventrilocua brillantemente la Biblia del Rey Jaime, la tragedia shakespeariana y jacobina, Melville, Conrad y Faulkner”. Wood acusó a McCarthy de escribir frases que a veces se acercaban “al sinsentido”, de “parecer saborear la violencia que tan profusamente registra” y de ser hostil a la conciencia intelectual.

McCarthy parecía surgido de la nada y durante la mayor parte de su carrera escribió en la oscuridad ermitaña de un JD Salinger o Thomas Pynchon. McCarthy se negó cortésmente a ser entrevistado, nunca firmó ejemplares de sus propios libros, no asistió a ninguna conferencia literaria, no enseñó y se interesó más por la ciencia y la cosmología que por la ficción. Era un Americano original.

Lo que no se puede discutir es que el talento del novelista estadounidense fue durante tres décadas un secreto que circuló de mano en mano entre un reducido número de lectores, pero entre ellos se encontraban algunos influyentes defensores de su obra.

McCarthy nació en Providence, Rhode Island, hijo mayor y tercero de los seis hijos de Gladys (de soltera McGrail) y Charles McCarthy. La familia se trasladó a Knoxville, Tennessee, en 1937, cuando su padre, licenciado en Derecho por Yale, fue nombrado asesor jurídico de la Tennessee Valley Authority. McCarthy creció en el seno de una familia numerosa católica romana en el entorno ferozmente protestante de Tennessee, y fue enviado a escuelas exclusivamente católicas de Knoxville. Ni la religión de la familia, ni

su cómoda vida de clase media alta eran de su agrado. No quería ser respetable, y esto no era popular en la casa de los McCarthy.

Asistió a la Universidad de Tennessee en 1951-52, donde estudió física e ingeniería, pero abandonó los estudios. No tenía ambiciones profesionales, odiaba el “progreso” y rechazaba la mayoría de las expectativas que conformaban la vida de sus hermanos y compañeros de estudios. Le habían puesto el nombre de su padre, y la decisión legal de cambiar su nombre de Charles al gaélico Cormac sugiere algunas de las tensiones familiares que moldearon las relaciones de McCarthy con su familia.

Gordon Lish, editor jefe de la editorial neoyorquina Alfred A Knopf, le regaló un ejemplar de *Meridiano de sangre* (1985) de McCarthy al crítico Harold Bloom. A Bloom le encantó, declarándolo un gran libro, a la altura de William Faulkner y Toni Morrison. Hay páginas de prosa en su obra, señaló George Steiner, “que pueden ser en este momento la prosa más eléctrica, más violenta, más inventiva que se está escribiendo”. Saul Bellow intimidó y engatusó al comité del premio de la Fundación MacArthur en 1981 para que reconociera el notable talento de McCarthy.

En 1953 McCarthy se alistó en las fuerzas aéreas estadounidenses y fue enviado a Alaska, donde tuvo mucho tiempo para ponerse al día con la lectura. También presentó un programa en una emisora de radio local. Una vez finalizado su servicio militar en 1956, McCarthy volvió a matricularse en la Universidad de Tennessee, donde usó el seudónimo “CJ McCarthy, Jr” y publicó dos relatos cortos en una revista literaria del campus que llamaron la atención y en 1959 recibió el premio Ingram-Merrill de escritura creativa de la universidad.

Rápidamente abandonó la universidad sin licenciarse y se fue a Chicago, donde trabajó en un almacén de piezas de automóviles. En 1961 se casó con Lee Holleman, una compañera de estudios de la Universidad de Tennessee. Tuvieron un hijo, Cullen, se mudaron de nuevo al sur, a Asheville (Carolina del Norte), y se divorciaron poco después. Cuando años más tarde le preguntaron en una corte si iba a pagar la pensión alimenticia, respondió: “¿Con qué?” Durante los 25 años siguientes fue pobre, desarraigado y feliz.

En Chicago, Asheville y Nueva Orleans trabajó en el manuscrito de su primera novela, *The Orchard Keeper*. Conocedor de la escena literaria, y menos aún de la industria editorial, envió el manuscrito no solicitado a Random House que llegó al escritorio de Albert R. Erskine, vicepresidente y director editorial. Erskine era una figura legendaria en el mundo de la edición literaria, pero incluso con su apoyo, *The Orchard Keeper* (1965) –un relato faulkneriano ambientado en la Tennessee rural de entreguerras, que retrata la relación de

un muchacho con un forajido y contrabandista que ha asesinado al padre del chico— atrajo poca atención.

El mundo ficcional de McCarthy tenía una visión oscura de la condición humana y era a menudo macabro. Adornaba sus novelas con cráneos descabellados, decapitaciones, incendios provocados, violaciones, incesto, necrofilia y canibalismo. “No existe la vida sin derramamiento de sangre”, declaró a la revista *The New York Times* en 1992 en una de las pocas veces que dio entrevistas. “Creo que la idea de que la especie puede mejorarse de algún modo, de tal forma que todo el mundo podría vivir en armonía, es una idea realmente peligrosa”.

Sus personajes eran forasteros, como él. Vivía silenciosa y decididamente al margen de la corriente literaria dominante. Aunque no era tan reclusivo como Thomas Pynchon, McCarthy no daba conferencias ni escribía en las sobrecubiertas de los libros de otros escritores. Nunca ejerció el periodismo ni enseñó a escribir. Sólo concedió un puñado de entrevistas.

Sin embargo, el mainstream acabó llegando a él. *Todos los hermosos caballos*, un western reflexivo a contracorriente de su obra anterior, ganó el Premio Nacional del Libro en 1992, y *La carretera* obtuvo el Premio Pulitzer en 2007. Ambas fueron llevadas al cine, al igual que *No es país para viejos*, de McCarthy, que ganó el Oscar a la mejor película en 2008.

Esa película, dirigida por Joel y Ethan Coen, dio al mundo la imagen indeleble de Javier Bardem como el asesino a sueldo nihilista de McCarthy, Anton Chigurh, despachando a sus víctimas con una pistola de perno neumático destinada originalmente al exterminio del ganado.

En los últimos años se había hablado de McCarthy como posible ganador del Premio Nobel de Literatura. El crítico Harold Bloom lo nombró uno de los cuatro novelistas estadounidenses más importantes de su época, junto a Philip Roth, Don DeLillo y Thomas Pynchon, y calificó la novela de McCarthy *Meridiano de sangre* (1985), un mal sueño del Oeste, como “el mejor libro desde “Mientras agonizo” de Faulkner”.

McCarthy recibió el premio PEN/Saul Bellow en 2009, concedido a un escritor de ficción estadounidense cuya obra “posee cualidades de excelencia, ambición y gran escala de logros a lo largo de una carrera sostenida que lo sitúan en el más alto rango de la literatura estadounidense”.

El año pasado aparecieron dos novelas tardías en un solo tomo, *El pasajero* y *Stella Maris*, colofón de una carrera intensa y notable.

El tercer matrimonio de McCarthy terminó en divorcio en 2006. Le sobreviven sus hijos, dos nietos, y dos hermanas y un hermano.